

—Si es usted, llámeme por mi nombre como me lo había dicho.

Convencido el vejete de que el llamado era ineficaz, fuese en busca de una vecina a la que preguntó el nombre del muchacho y volvió al depósito, repitiendo:—Silantro, Silantro, Silantro, Silantro...

Mas, para desgracia suya, habiendo dado en tierra con su tembleque cuerpo, debido a una viga cruzada en el camino, al le-

¡Silantro, durante el encierro, se había echado al estómago todas las masas del depósito!



vantarse ya lo había olvidado y otra vez comenzó a dar de golpes en la puerta, gritando:—¡Atanasio!... ¡Sinfrosol!...

Nada.

Silantro no abría, y así pasó allí la noche. Muy de mañana, volvió don Robustiano al depósito, y comprendiendo que si no procedía en forma decisiva, el torpe pinche era capaz de pasarse otro día encerrado, resolvió dar con la puerta en el suelo. ¡No lo hubiera hecho! ¡Lo que vió don Robustiano Perinola!

E. A. HOLMBERG (H.)

PAGANINI Y EL COCHERO



ANÉCDOTAS

Paganini, el célebre violinista italiano, solía entusiasmar al público tocando en una sola cuerda de su violín, las más delicadas y difíciles composiciones.

Cierta vez quiso embromarlo un cochero de París, cobrándole un precio exagerado por un viaje muy corto.

—No puedo pagar esa suma. Usted quiere estafarme.

—Estamos en igualdad de condiciones. Usted—dijo el cochero—estafa al público, pues cobra miles y miles de francos por tocar en su violín, y cuando lo hace, toca en una sola cuerda, debiéndolo hacer en las cuatro.

—Bien—contestó Paganini—tienes razón. Llévame a casa.

El cochero lo llevó al punto indicado; pero cuando se disponía a cobrar, escuchó de labios del talentoso músico:

—Hasta mañana.

—¿Cómo? ¡No me paga?

—De ninguna manera. El día que me traigas en tu coche con una rueda sola, te pagaré lo que quieras pedirme.

Y tranquilamente entró en su domicilio.